

REDESCUBRIENDO LA SOCIOLOGÍA DEL TRABAJO: UN REPASO HISTÓRICO DE SU OBJETO DE ESTUDIO

Pablo A. Guerra¹

Introducción.

En las siguientes páginas reflexionaremos acerca de la Sociología del Trabajo, a partir de la valoración y la comprensión cultural de su objeto de estudio, el trabajo, a través de la historia.

Deduciremos que la visión mercantil del trabajo, por la cuál éste se presenta como objeto de análisis en la medida que tenga un valor de mercado; es solamente una parte de un fenómeno mucho más complejo que hace a la naturaleza humana. Realmente desde esta perspectiva antropológica, que está presente en el pensamiento marxista y en el cristianismo, difícilmente se podría deducir, como hacen algunos profetas del fin de trabajo, que éste desaparecerá o se irá extinguiendo en las sociedades humanas. Nada más lejano a la realidad: el trabajo estará siempre presente en las sociedades humanas. Por cierto, lo que cambiará será el contenido que las diferentes culturas y tiempos le darán al mismo. Tales hechos deben ser asumidos por una subdisciplina científica que presenta en la actualidad una imperiosa necesidad de redefinir su objeto de estudio, so pena de quedar rezagada e inflexible frente a los cambios.

El trabajo, ese fenómeno social tan complejo...

El trabajo, según Ives Simón², es uno de esos términos que vienen precedidos por hechos de la vida cotidiana del hombre, que se esconden tras el misterio de lo habitual. Es un término, por tanto, que posee una riqueza fáctica muy superior a la que pudiera concentrar una definición cualquiera. San Agustín, refiriéndose al tiempo, señaló que él sabía lo que era, más si le pedían definirlo no sabría hacerlo («*Si nemo ex me quaret, scio: si quaerenti explicare velim, nescio*»).

Algo similar nos sucede a nosotros cuando debemos definir el trabajo. Como diría Werner Sombart, la palabra podría no tener un significado real no obstante su uso frecuente. El citado Ives Simón, filósofo francés de gran renombre, eligió en su texto más representativo sobre el tema, un camino razonable para llegar a la definición del término. Empezó por el método del caso más obvio. En ese sentido, mostrando aquella ambivalencia entre trabajo manual e intelectual que el tiempo parece no querer dejar pasar por completo, decidió comenzar «por los obreros en vez de los abogados, comerciantes u hombres de letras». Ese orden de prioridades, como veremos luego, no implica exclusión, pero sí grados de aceptación que consideramos formando parte del criterio que aun muchos sostienen con respecto al término «trabajo».

En ese sentido, se sostiene que el trabajo manual se corresponde con su vinculación directa a la naturaleza física. El término «directo» no deja de lado la mediación de las máquinas y

¹ Licenciado en Sociología, Magister en Ciencias Sociales del Trabajo. Docente del Departamento de Sociología de la Udelar.

² Cfr. Simón, I.: *Trabajo, sociedad y cultura*, Caracas, Ifedec, 1987.

herramientas, sólo hace mención a su carácter relacional con la naturaleza. Por tanto el trabajo significa modificación de algo.

Entre las características de ese trabajo, al menos el manual, Simón destaca que es una actividad transitiva. Esto quiere decir, que el trabajo produce un efecto fuera del agente que lo ejecuta. Es el caso de un carpintero que actúa sobre la madera para darle forma y transformarla luego en un bien para un posterior uso. El mismo autor señala que si el efecto sólo reside en el agente y no en una materia externa, estaríamos frente a otra cosa a la que llamaríamos juego, ejercicio, deporte, o incluso «imitación del trabajo».

Por su lado, el trabajo es una actividad útil, esto es, conducente a producir un bien utilizable y deseable por alguien. Finalmente, la racionalidad es un elemento que distingue el trabajo de los hombres con respecto a los animales. Esta idea se remonta al menos con Hume, quien insistió en que el trabajo distinguía al hombre de los animales. Esa visión también será desarrollada por Karl Marx. Reproducimos a continuación un célebre pasaje del libro *I de El Capital*: “*Concebimos al trabajo bajo una forma en la cual pertenece exclusivamente al hombre. Una araña ejecuta operaciones que recuerdan las del tejedor, y una abeja avergonzaría, por la construcción de las celdillas de su panal, a más de un maestro albañil. Pero lo que distingue ventajosamente al peor maestro albañil de la mejor abeja es que el primero ha modelado la celdilla en su cabeza antes de construirla en la cera*”³.

Pasando al trabajo intelectual, Simón señala que efectivamente, en la medida que contribuya al trabajo manual desarrollado por otros, la actividad intelectual puede ser considerada trabajo. Avanzando en esa concepción, señala luego que «para que una actividad sea calificada como trabajo, debe no solo ser honesta, sino también socialmente productiva». Esta concepción de la utilidad productiva es la más generalizada al momento de distinguir el trabajo de otras actividades. Friedmann, por ejemplo, señala que la utilidad es la primer característica del trabajo humano⁴; y cita al

respecto a economistas como Colson (1924), para quien «el trabajo es el empleo que el hombre hace de sus fuerzas físicas y morales para la producción de riquezas o de servicios». Bergson, por su lado escribió que «el trabajo humano consiste en crear la utilidad». No obstante eso, Friedmann se pregunta si la teleología del trabajo es la única variable a considerar para la definición del concepto. En ese sentido, señala la necesidad de incluir otros factores, ya que los animales también «crean utilidad». La distinción podría estar entonces en «organizar en un marco social la lucha contra la naturaleza». El trabajo es en ese sentido, «esencialmente a través de la técnica, la transformación que hace el hombre de la naturaleza, que a su vez, reacciona sobre el hombre modificándolo». Es la misma visión marxista a la que hacíamos referencia más atrás, según la cual «el trabajo es en primer término un proceso entre la naturaleza y el hombre, proceso en que éste realiza, regula y controla mediante su propia acción, su intercambio de materias con la naturaleza. Pone en acción las fuerzas naturales que forman su corporeidad, los brazos y las piernas, la cabeza y la mano, para de ese modo asimilarse, bajo una forma útil para su propia vida, las materias que la naturaleza le brinda. Y a la par que de ese modo actúa sobre la naturaleza exterior de él y la transforma, transforma su propia naturaleza, desarrollando las disciplinas que dormitan en él...». Inteligentemente, Friedmann es capaz de cerciorarse que en el mundo actual, tal definición es parcial, ya que no todas las actividades del hombre son rurales y fabriles, donde se constata esa relación-transformación con la naturaleza. Las actividades llamadas terciarias según la tradicional tipología de Colin Clark, y que nosotros podemos ampliar al concepto de trabajo intelectual, también deben estar presentes. En tal sentido, Friedmann señala que «en el siglo XX, el hombre en el trabajo no es siempre y hasta lo es cada vez menos, en el sentido clásico del término, un *homo faber*”.

³ Cfr. Marx, K.: *El Capital*, Vol. I, Madrid, Biblioteca del pensamiento socialista, 15ª ed., 1984, pág. 216.

⁴ Cfr. Friedmann, G.: *El objeto de la sociología del trabajo*, en Friedmann y Naville: ob. cit., pág. 13.

Ello obliga a Friedmann a pensar en un concepto de trabajo distinto, y para ello, confía en que «cierta imposición» le es específico y lo diferencia de otras actividades que no son trabajo. De tal forma lo anterior que un trabajo para ser tal, debe tener una cuota indispensable de obligación.

Tantas reflexiones nos obliga a preguntarnos entonces ¿la persona “trabaja” sólo si está obligada a hacerlo? ¿los animales no trabajan? En condiciones en que se desarrolla la alienación, y por tanto el hombre desconoce el fin de su labor, ¿no estamos frente a un trabajo? Quien actúa sobre la naturaleza con el fin de destruirla y no crea valor, ¿está trabajando?. El ama de casa que no produce para el mercado de trabajo, ¿no trabaja? Esas preguntas, de responderse, harían mención a un concepto de trabajo que indudablemente no ha sido todavía unánimemente construido por la humanidad. De hecho, como veremos en las próximas líneas, la historia y las diferentes culturas, han manejado conceptos muy diferentes de lo que es y no es el trabajo. Incluso al interior de esas culturas — incluida la nuestra— y de esos tiempos — incluido el nuestro— veremos una pluralidad de enfoques que obedecen a visiones a veces diferentes, a veces contrapuestas. A ello se suma, que hoy en día, hemos heredado muchos atributos del trabajo manejado por las culturas anteriores, lo que hace que **sociológicamente nuestra sociedad esté representada por un crisol muy importante de comportamientos y conceptualizaciones hacia el trabajo que hace más difícil partir de criterios más o menos consensuales.** Veremos cuáles son esos criterios, y cómo han evolucionado a través de la historia para culminar con nuestra visión de fines del siglo XX.

Hanna Arendt dada las dificultades anteriormente mencionadas, decide rastrear la etimología de los términos en cuestión, y en su célebre trabajo «La condición del hombre moderno» del año 1961, hace una distinción que aclara no es muy habitual, entre trabajo y labor. El griego, en ese sentido, ha distinguido entre **ponein** y **ergazesthai**; el latín **laborare** y **facere** o **fabricare**; el inglés **labor** y **work**; el alemán

arbeiten y **werken**. En todos esos casos, dice Arendt, sólo los equivalentes de «trabajo» significan sin equívoco pena y desgracia. El alemán **arbeit** se aplicaba primeramente sólo a los trabajos de campo ejecutados por los siervos y no a la obra de los artesanos, llamada **werk**. En francés, **travailler** que ha reemplazado a **labourer** viene de **tripalium**, una especie de instrumento de tortura.

Estas distinciones son elocuentes en cuanto reproducen la visión de diferentes culturas con respecto al trabajo. En ese sentido, hay un concepto del mismo que hace mención a una valoración netamente negativa, y es la que ha dado lugar a la conformación del término «trabajo». Por otro lado, la misma etimología distingue otro término (labor u obra, dependiendo de la traducción) que representa connotaciones positivas. ¿Qué es lo que distingue ambos términos, y que popularizara Locke al referirse a «la labor de nuestras manos y el trabajo de nuestros cuerpos»? La diferencia radica según Arendt, en que el trabajo crea bienes fútiles dedicados al mero consumo, lo que promovería con el paso de los años, una sociedad de masas donde desaparece el trabajo bien hecho, al que define como labor u obra, característico de los artesanos, quienes crean objetos de uso con durabilidad en el tiempo, mediante un proceso de fabricación que en ningún momento implica el tedio y alienación característico de una sociedad de masas. Los griegos, dice Arendt, y luego lo confirmaremos, no practicaban esa diferencia: tanto trabajo como artesanía en la antigüedad griega eran reservados a los esclavos, ya que las ocupaciones todas tenían una naturaleza servil. Estos opusieron la contemplación a toda clase de actividad. Nos llama la atención, cómo nuestras sociedades, a partir de la época moderna hayan invertido todas las tradiciones glorificando el trabajo, elevando al **animal laborans** por encima del **animal racional**. Nos dice la filósofa alemana que en lugar de la distinción trabajo-obra, surge otra que tiene que ver entre el trabajo productivo y el improductivo; luego entre trabajo calificado y no calificado; y finalmente nuestro ya conocido

binomio trabajo manual - intelectual. La primera de esas distinciones, fue sin embargo la más trascendente en los orígenes de la ciencia económica y social. Adam Smith y Karl Marx, despreciarían el trabajo improductivo a tal punto de no considerarlo trabajo a menos que enriqueciera el mundo. Esa distinción, se aproxima sobre manera a la de trabajo - labor del principio. La puesta en alto del trabajo (en este caso productivo), por encima de las visiones antiguas; es especialmente visible con los aportes de Marx, para quien éste es fuente de productividad (originada en la energía humana no agotada que produce una plusvalía); con los aportes de Smith, para quien el trabajo es fuente de riquezas; y de Locke para quien es fuente de propiedad.

En relación a la distinción entre trabajo calificado y no calificado, nos dice Arendt que no tiene sentido en la actualidad, cuando éste último prácticamente ha desaparecido a influjos de las modernas tecnologías de organización. Se estaría abandonando a favor del trabajo, la distinción entre trabajo y labor.

La distinción entre trabajo intelectual y manual resulta por demás interesante desde la visión de Arendt. En efecto, como cada ocupación tiene que mostrar su utilidad para la sociedad en su conjunto, y la utilidad de las ocupaciones intelectuales — dice Arendt— llega a ser más que dudosa frente a la glorificación del trabajo, era natural que los intelectuales hubiesen querido, ellos también ranguearse en la población laboriosa, algo impensable entre los griegos. A ello se suma, la demanda que el mundo actual hace del trabajo intelectual. Si rastreamos en la historia, sin embargo, veremos cómo ese trabajo intelectual no era considerado trabajo, sino parte del mundo del ocio y la contemplación entre los griegos. Sólo con la mencionada “glorificación” del trabajo es que el “intelectual” toma rango de tal, so pena de ser considerado improductivo en una sociedad donde todo lo valioso es lo que tiene potencia productiva.

⁵ Cfr. Hopenhayn, M.: *El trabajo: itinerario de un concepto*, Santiago, Pet, 1988, pág. 23.

El concepto del trabajo a través de la historia:

Comencemos por los griegos, una civilización apasionante, que desde muchos siglos antes de Cristo, ya comenzaba a elaborar riquísimas reflexiones en torno a variados aspectos de la vida humana, no así sobre el trabajo, tema de escasa repercusión. La explicación a tal aparente contrasentido, encuentra su lógica al analizar la valoración que los grandes pensadores tenían acerca de nuestro objeto de estudio.

Si bien al igual que lo expuesto más arriba, los griegos no tenían una visión unánime acerca del trabajo, no menos cierto es señalar que para esta civilización el trabajo era considerado como un hecho altamente desvalorizado. El trabajo, para ellos, dada su vinculación con la dimensión del apremio y las necesidades, limitaba la libertad de los individuos, condición indispensable para integrar el mundo de la “polis” en calidad de ciudadano. El hombre libre realizaba actividades absolutamente desinteresadas: la actividad intelectual (que no era considerada trabajo) formaba parte del ocio y la contemplación.

El trabajo, reservado a los esclavos, como bien señala Hopenhayn, hacía que sólo fuera contemplado como mera función productiva. Por tanto, el esclavo pasa a ser únicamente fuerza de trabajo. “Como tal carece de personalidad y pertenece a su amo, como una cosa entre tantas. Como objeto de propiedad, escapa al pensamiento antropológico que domina la filosofía sofística y socrática., pues para el ciudadano griego hablar de esclavo no supone un sujeto pensante, sino una cosa o a lo sumo una fuerza. Escapa también al pensamiento platónico, pues, en tanto cosa, aparece totalmente infravalorado en la construcción idealista-dualista de la realidad”⁵.

Veamos cómo se llega a construir esa noción de trabajo como algo servil, a lo que se contraponía una visión positiva del ocio y la contemplación como actividad netamente humana y liberadora.

Las raíces las encontramos en el valor éticamente supremo de la **autarquía socrática**. Según esta noción acuñada por **Sócrates** (469-

399 A.C.), uno de los filósofos claves para comprender la historia europea⁶; todo aquel que trabaja está sometido tanto a la materia como a los hombres para quienes trabaja. En esa medida, su vida carece de autonomía y por tanto de valor moral. Por este supuesto, no sólo los esclavos, sino también cualquier trabajador dedicado a todo tipo de tareas manuales, era despreciado por el pensamiento un helénico indudablemente aristocrático.

Para Platón (427-347 A.C.), de origen aristócrata, descendiente del último rey de Atenas y discípulo de Sócrates, la autarquía continúa perpetuándose como valor ético supremo, y en consonancia con los intereses de la aristocracia terrateniente, afirmaba que sólo la agricultura evocaba la auténtica autonomía. Por esta vía, el pensamiento platónico restringía de la participación política a esclavos, comerciantes y artesanos. Todos estos tienen en común el depender de las condiciones materiales en las que producen e intercambian mercancías. El plano político estará íntimamente relacionado al económico-laboral: sólo quién sea capaz de gobernarse a sí mismo (y como vimos ello sucede con quienes no trabajan, o son dueños de tierras), pueden gobernar a los demás. Sólo la liberación total de la práctica mundana del trabajo, abre las posibilidades de dedicarse, como hizo Platón, a la contemplación, la filosofía y las ciencias, y por ese medio, saber distinguir el bien del mal, lo justo de lo injusto, lo verdadero de lo falso. ¿Quiénes podrían dedicarse a tales "nobles tareas"? Evidentemente aquellos que no necesitaran formar parte de la población trabajadora, esto es, la aristocracia. Este sistema de gobierno aristocrático fue defendido, obviamente, por Platón. En *La República* señala que el gobierno perfecto es el aristocrático, y que a éste le suceden la timocracia (gobierno de los guerreros), la oligarquía (de los ricos), la democracia ("gobierno de los que aman el placer, el cambio y la libertad"), que perece por sus excesos en manos de algún hombre audaz que se pone a la cabeza del pueblo para defender la democracia y "del tronco de estos protectores del pueblo nace el tirano", dando origen a la tiranía⁷.

En su diálogo *El Político* además podemos leer:

*"Aquellos que se poseen por medio de la compra, y a los que se les puede llamar sin ninguna discusión esclavos, no participan en absoluto del arte regia...Y todos los que entre los libres, se dedican espontáneamente a actividades serviles como los anteriormente citados, transportando e intercambiando productos de la agricultura y de las otras artes; quienes en los mercados, yendo de ciudad en ciudad por mar y tierra, cambiando dinero por otras cosas o por dinero, los que llamamos banqueros, comerciantes, marineros y revendedores, ¿podrán acaso, reivindicar para ellos algo de la ciencia política?...Pero también aquellos que se hallan dispuestos a prestar servicios a todos por salarios o por mercedes, nunca los encontramos partícipes del arte de gobernar...¿con qué nombre los llamaremos? - Tal como acabas de decirlo ahora: servidores, pero no gobernantes de los Estados"*⁸.

Ese estado ideal que diseñaba Platón en sus enseñanzas, distaba mucho, por cierto, de la democracia ateniense defendida por Pericles. En cierto modo, Platón sólo confiaba en una elite en el poder constituida por unos pocos que no debieran entregarse a las faenas serviles de la producción y circulación de las riquezas. Para ello, se debía seleccionar desde la primera infancia a los niños aristócratas, darles una suficiente educación tanto en filosofía como en las "artes de la guerra". A los treinta años, ya estarían aptos para sufrir un examen donde seleccionar a los "reyes-filósofos" encargados del gobierno. En los hechos, sin embargo, sus concepciones de gobierno nunca pudieron ejecutarse en puridad; ya sea por la acción de la llamada "contrarrevolución aristocrática", ya sea por la posterior invasión extranjera.

⁶ Tal afirmación corresponde a Ortega y Gasset. Cfr. Mondolfo, R.: *Sócrates*, Buenos Aires, Ed. Eudeba, 1959, pág. 9.

⁷ Cfr. Fayt, C.: *Historia del pensamiento político. Grecia*, Buenos Aires, Omeba, Col. América en letras, 1966, pág. 27.

⁸ Cfr. Platón, *El Político*, XXIX, 289-290, en Mondolfo, R.: ob. cit., pág. 267.

Esta visión del trabajo que estamos analizando, como bien señala Henry Arvon, conduce a una sociedad básicamente conservadora y estancada en lo productivo. La idea de la libertad, el ocio y la contemplación como los valores superiores, propone un desprecio por el trabajo, que como vimos, es una actividad netamente transformadora. Hay quienes, a partir de tal comprobación, arriesgan que buena parte del subdesarrollo tecnológico en Grecia se debió justamente a esta cultura tan particular hacia el trabajo. Por lo demás, si había esclavos, ¿por qué avanzar en conocimientos que facilitarían el trabajo?. No nos sorprende en tal sentido, que una civilización capaz de crear conocimientos tan espectaculares en áreas particularmente complejas como la geometría (Euclides, *Fundamentos de la geometría*), por otro lado, no supiera —o no quisiera— avanzar en conocimientos técnicos aplicables al campo económico-laboral.

Ya vimos cómo la ciudadanía era el ámbito de unos pocos aristócratas en la civilización helénica. Arendt señalaba que los griegos distinguían entre los esclavos, los enemigos vencidos (*dmôes* o *douloi*) que se encargaban de las tareas domésticas, y los *demiourgoi*, hombres libres de pasar del dominio privado al público. Sólo después del siglo V, señala Arendt, la polis comenzó a clasificar las ocupaciones según los esfuerzos que ellas exigían. En esto debió jugar un rol preponderante **Aristóteles** (384-322 AC) quien puso en el rango más bajo aquellas “donde el cuerpo está más deformado”. No admitiría, por tanto, a los extranjeros (los esclavos), pero tampoco a los *banausoi*, antes *demiourgoi*, obreros y artesanos que debían resignarse al mundo del “*oikos*”. Estos, no solamente no estaban sometidos a la necesidad y eran incapaces de ser libres, sino además, incapaces de gobernar la parte “animal” de su ser (*La República*, 590). Serán ellos, no obstante quienes permitan el florecimiento de la llamada democracia helénica, pues ¿quiénes sino los trabajadores (esclavos o artesanos) podrían mantener con su esfuerzo el ocio y la contemplación de los “hombres libres”, ciudadanos del mundo?

Como dijimos, será Aristóteles quién delimitara aún más los derechos de ciudadanía. Su ciudad ideal, al igual que en Platón diferenciaría los gobernantes de los gobernados. Los primeros, constituidos por la clase militar, los estadistas, los magistrados y el sacerdocio. Los segundos, por los agricultores, los artesanos y los campesinos. Con los comerciantes hay una cierta ambivalencia: si bien la consideraba una ocupación antinatural, estaba dispuesto a admitirlos hasta cierto punto en su ciudad ideal, cuya base seguiría siendo la esclavitud. En su *Política*, se puede leer: “Una ciudad perfecta jamás dará ciudadanía a un artesano...la virtud del ciudadano...no es propia de cualquier individuo, ni de quién solamente es libre, sino de todos los que se hallan exentos de los trabajos necesitados. Los sujetos ..., si se hallan al servicio de un hombre, son esclavos; si están al servicio del público son artesanos y mercenarios”. Tampoco comprenderá a los agricultores como reivindicaba Platón: “Tampoco deberán ser agricultores los futuros ciudadanos, pues para la formación de su virtud y para la actividad política, es necesario el ocio”.

Esta prolifera discusión tenía lugar en una civilización donde se empezaban a asomar los primeros cambios productivos derivados del crecimiento económico fruto del descubrimiento del hierro, y su posterior división del trabajo, donde florecen los grupos de comerciantes, y empieza a jaquear a la aristocracia terrateniente. Los pensadores de entonces, más aliados a éstos últimos, contrariaban los principios de acumulación comercial. En su *Política*, Aristóteles aconseja a los ciudadanos abstenerse de toda profesión mecánica y de toda especulación mercantil. La primera, pues limita intelectualmente, y la segunda, pues degrada en lo ético.

Sólo el ocio, para estos pensadores, permite la virtuosidad y la capacidad para juzgar. Tal visión absolutamente peyorativa, e incluso, aristocratizante sobre el trabajo y ocio, respectivamente, no fue sin embargo, como decíamos al principio, unánimemente desarrollada a lo largo de la historia de la civilización helénica. Los textos de Homero son más

reservados al respecto, pero sobre todo, en la Grecia antigua encontramos a autores como **Hesíodo**⁹, (siglo IX AC), que postulaban otras tesis. Para el autor de "*Los trabajos y los días*", el trabajo se constituía en un justo y necesario castigo que Júpiter impuso a los hombres por el pecado de Prometeo. Nótese la similitud a la creencia bíblica que veremos más adelante. Dice Hesíodo: "Acuérdete siempre de mi consejo y trabaja... Los Dioses y los hombres odian igualmente al que vive sin hacer nada, semejante a los zánganos que carecen de agujijón y que, sin trabajar por su cuenta, devoran el fatigoso trabajo de las abejas... No es el trabajo quien envilece, sino la ociosidad"¹⁰.

También entre algunos sofistas (aquellos que vendían su sabiduría a quienes quisieran comprarla), como **Protágoras**, "el primero y más grande de ellos"¹¹, ubica el estudio y el arte (la técnica) en un mismo rango, y **Antifonte** dice: "...y los honores y los precios, y toda especie de aliciente que Dios ha concedido a los hombres, deben necesariamente resultar de fatigas y sudores"¹².

¿Cómo convivió la cultura griega con estas nociones tan diferentes?. Somos de la idea, junto a Hopenhayn, que el desprecio de los pensadores griegos por el trabajo manual fue originado por la violencia de los guerreros y aristócratas de turno, que impusieron a sus vencidos el yugo de un trabajo arduo y difícil. ¿Por qué la aristocracia querría trabajar en esas condiciones?. La propia división del trabajo que posibilitó el crecimiento de la civilización helénica, fue generando diferentes clases con visiones distintas sobre el trabajo. Por el otro lado, surgían los campesinos pobres, los vencidos, y quienes debían ganarse la vida por el trabajo artesanal. Esa gente, la mayor de las veces aislada del mundo de la "polis", generaría sus propias lecturas de los acontecimientos, sus propios espacios de desarrollo cultural, incluso su propia religión, alejada de la que imponía la visión aristocrática, olímpica, contemplativa y estética de los "hombres libres".

**** *

Diferente ha sido la lectura de otros pueblos y civilizaciones sobre este tema. Entre los **caldeos**, por ejemplo, no se registra la visión peyorativa analizada en los griegos. En las escrituras sagradas de la religión de Zaratustra, leemos: "Es un santo aquel que construye una casa, en la que mantiene el fuego, el ganado, su mujer, sus hijos, (...). Aquel que hace a la tierra producir el trigo, quien cultiva los frutos del campo, propiamente él cultiva la pureza"¹³.

Para los caldeos, como se aprecia, el trabajo supone, desde una posición diametralmente opuesta a la helénica, una contribución en el orden económico, pero también en lo espiritual. Trabajar, es no solo "cultivar el trigo" (dimensión de las necesidades fisiológicas), sino también "cultivar la pureza", dimensión ésta, relacionada a la satisfacción de las necesidades espirituales.

¿Por qué apreciamos una diferencia tan tajante entre estas culturas? Probablemente, los diferentes grados de desarrollo de los pueblos llevaron a que ello haya sucedido. Mientras que entre los griegos primaba una división del trabajo, donde a algunos les tocaba la condición de "hombres libres" dedicados a la contemplación y el ocio, a otros no les cabía otra oportunidad que trabajar, en situación de dominio con respecto a la naturaleza y a quienes los empleaban. No era el caso entre los caldeos, con una escasa división del trabajo, en la que a todos correspondía la actividad laboriosa.

A medio camino entre los caldeos y los griegos, encontramos la valoración del trabajo que hacen los **hebreos**, esta vez, teñida de ambivalencias. Tal como lo plasmaba Hesíodo

⁹ Hesíodo es considerado luego de Homero el poeta más antiguo del occidente. Dos fueron las obras que llegaron a nuestro tiempo: *La Teogonía*; y *Los trabajos y los días*, de la que vamos a ocuparnos.

¹⁰ Cfr. Hesíodo, *Los trabajos y los días*, Valencia, Ed. Prometeo.

¹¹ Cfr. ● Connor, D.: *Historia crítica de la filosofía Occidental. La filosofía en la antigüedad*, Barcelona, Paidós Studio, 1982, pág. 51.

¹² Cfr. Hopenhayn, M.: ob. cit., pág. 31.

¹³ Cfr. Hopenhayn, M.: Idem. Ant., pág. 35.

entre los griegos, para los hebreos, el trabajo se constituía en un mal necesario; en un medio para expiar los pecados; esta vez no de Prometeo, sino de Adán y Eva, quienes mientras vivieron en el paraíso no tenían que trabajar. El pecado original, sin embargo, llevó a que Yavhé les conminara a ellos, y por su medio a toda la humanidad, a “ganar el pan con el sudor de tu frente”. Lo dice el Talmud: “Si el hombre no halla su alimento como animales y pájaros, sino que debe ganárselo, es debido al pecado”.

Esa sentencia, de carácter histórico, promueve al trabajo como medio para expiar el pecado original, como ya vimos, pero además, como medio para producir; esto es, legitimando el cambio inherente a todo trabajo, y por tanto, legitimando también esa voluntad transformadora que caracterizó desde siempre a los pueblos hebreos¹⁴. Ahora bien, a diferencia de los caldeos, para los hebreos en la antigüedad, el trabajo no tuvo nunca un fin ético en sí mismo, sino que se constituía tan solo como un medio. Esta visión ha estado siempre presente, y caracteriza muy claramente la concepción que sobre el trabajo poseen muchos integrantes de nuestras sociedades contemporáneas, más allá de la religión de cada uno.

Los **romanos**, por su parte, hicieron una importante contribución al desarrollo del concepto del trabajo. Si bien, grosso modo, no

había grandes diferencias con el pensamiento de los griegos, con quienes tenían en común, además, una mayor división del trabajo fruto del crecimiento económico, y el uso masivo de mano de obra esclava¹⁵; la contribución mayor desde el punto de vista de su originalidad histórica estuvo presente en la tradición jurídica que inauguraría el Imperio Romano. El mayor impacto por la vía jurídica y no filosófica se explica por el hecho que los romanos, a diferencia de los griegos, no supieron “inspirar” la producción de grandes pensadores sociales.

En efecto, para los romanos, como el esclavo no era considerado persona, lo veían desprovisto de una personalidad jurídica. Ello condujo a negar una relación laboral entre el encargado de un trabajo manual (esclavo) y su dueño. Tal relación correspondía sobre todo al derecho de propiedad que los juristas romanos habían garantizado casi sin límites para sus ciudadanos. El problema, como señala Hopenhayn, surgió cuando el dueño no ocupa al esclavo, sino que se lo alquila aun tercero. Surge así la figura del arrendamiento de servicios, que deriva del arrendamiento de cosas. Pero como en realidad lo que se arrendaba era la fuerza de trabajo, la calidad jurídica se desplaza a la actividad que ejecuta el esclavo. De esta forma, la actividad del trabajador, primero del esclavo, pero luego del hombre libre, empieza a ser tratada como cosa, y se convierte en antecedente del arrendamiento de servicios del Derecho Civil moderno.

Los mensajes del **cristianismo primitivo**, se insertan luego, en ese tiempo histórico, donde Roma se convertía en centro de las mayores movilizaciones de rebeldía de la antigüedad. **Isaías**, en tal sentido, proclamaría que el Mesías vendría “...a predicar buenas nuevas a los abatidos, a vendar a los quebrantados de corazón, a publicar libertad a los cautivos, y a los presos abertura de la cárcel”. **Jesús**, efectivamente, incluyó en su misión, mensajes de liberación a los pobres y oprimidos. Pero a diferencia, como bien señala Roll, de los antiguos profetas hebreos, no lo haría añorando a las comunidades tribales con su espíritu de grupo; sino animado por un mensaje más universal y

¹⁴ Más allá de una discusión de corte político al respecto, podríamos considerar que los grandes avances logrados por el pueblo hebreo en sus territorios pueden tener una lectura desde esta visión cultural sobre el trabajo. Nótese al respecto, el impacto que ha tenido el desierto israelita con el trabajo de tantos hombres y mujeres judíos deseosos de hacerlo producir; o el génesis y desarrollo de modelos comunitarios de producción como los *kibutzim*, a veces partiendo de condiciones francamente difíciles de sortear.

¹⁵ Aquí, sin embargo, debemos puntualizar que los romanos llegaron a dudar que la esclavitud sea una institución natural. A su vez, el trabajo esclavo fue considerado en su momento como anti-económico, o más bien poco productivo, como surge de los escritos de Columela sobre la agricultura. Plinio era de la misma opinión. Al respecto, Cfr. Roll, E.: *Historia de las doctrinas económicas*, México, CFE, 7a. ed., 1971, pág. 33.

permanente, proclamando un cambio más completo e integral en la conducta del hombre en sociedad, donde los valores de justicia y amor se colocarían en un primer plano.

Evidentemente el mensaje del cristianismo primitivo, y más concretamente de Cristo, distaba mucho de los filósofos griegos: “Hemos visto ya que las doctrinas económicas de Platón, y en cierta medida de Aristóteles, nacían de la aversión aristocrática hacia el desarrollo del comercialismo y de la democracia. Sus ataques contra los males que acarrea el afán de acumular riquezas son reaccionarios: miran hacia atrás, y el de Cristo mira hacia adelante, pues exige un cambio total en las relaciones humanas. Aquéllos soñaban con un estado ideal destinado a proporcionar la ‘buena vida’ a los ciudadanos libres únicamente y cuyas fronteras eran las de la ciudad-estado de aquel tiempo; Cristo pretendió hablar por todos y para todos los hombres. Platón y Aristóteles habían justificado la esclavitud; las enseñanzas de Cristo sobre la fraternidad entre todos los hombres y el amor universal eran incompatibles con la idea de la esclavitud, a pesar de las opiniones expuestas después por Santo Tomás de Aquino. Los filósofos griegos, interesados sólo por los ciudadanos, sostuvieron opiniones muy rígidas sobre la diferente dignidad de las distintas clases de trabajo, y consideraban las ocupaciones serviles, con excepción de la agricultura, como propias sólo de los esclavos. Cristo, al dirigirse a los trabajadores de su tiempo, proclamó por primera vez la dignidad de todas las clases de trabajo, así materiales como espirituales”¹⁶. No puede escapar a nuestro estudio, que el mismo Jesús heredó el oficio de carpintero de su padre José; y que eligió a sus discípulos entre pescadores y artesanos.

Esta visión primitiva del cristianismo, sin embargo debe analizarse en el marco de las escrituras del Antiguo Testamento que comparte con la cultura (y obviamente la religión) hebrea. En ese sentido, el trabajo no deja de ser un medio y no un fin en sí mismo. Pero, ahora asignándole un nuevo valor, siempre en tanto medio para un fin virtuoso: el trabajo será fundamental para

permitir la satisfacción de las necesidades de cada uno, pero también sus frutos, deberán insertarse en una dimensión comunitaria, donde el “prójimo” necesitado esperará la contribución fraterna y solidaria del cristiano. El trabajo desde esta perspectiva, no solo posibilita el “tomar” sino también el “dar”. En relación a esa doble perspectiva, es donde podemos entender la crítica del cristianismo a la acumulación de la riqueza. Como señala el evangelista Mateo, “atesorad tesoros en el cielo, donde ni la polilla ni el orín los consumen y donde los ladrones no perforan ni roban. Donde está tu tesoro allí está tu corazón”. (Mt, VI- 20-21).

La **Edad Media**, ese período que ocupa desde la caída del Imperio Romano de Occidente en el siglo V por los bárbaros, hasta el Siglo XV, con la caída de Constantinopla, evidentemente muestra un conjunto importante de escuelas de pensamiento y pensadores que marcaron pautas importantes para discernir el valor del trabajo en las diferentes culturas. La organización económica más visible en estos mil años, donde operará el trabajo, consistía en grandes extensiones de latifundios heredados del imperio romano, donde —a falta de esclavos— se recurrió a la mano de obra campesina para trabajarlos. El sistema, implicaba el arrendamiento de parte de esas tierras a ex esclavos u hombres libres, a cambio de una renta en dinero y especies, además del cultivo de las propias tierras señoriales. Por cierto, la figura del siervo no distaba mucho de la del esclavo si tenemos en cuenta las condiciones en las que se operaba el contrato de trabajo. El comercio también tenía su cabida en el sistema, aunque el mismo adquirió gran importancia en ciertas regiones o lugares, caso de Constantinopla. La actividad económica entonces seguía su rumbo en la historia, y luego de los siglos IX y X, el crecimiento de las fuerzas productivas dio lugar a una mayor acumulación por parte de campesinos y artesanos, y por cierto a una mayor apropiación de excedentes por parte del señor feudal. Esta situación fue activante para la constitución de los primeros burgos o ciudades,

¹⁶ Cfr. Roll, E.: *Idem. Ant.*, pág. 35.

donde el comercio y la industria artesanal tendrían un marco más adecuado para su desarrollo. Esta es la etapa del nacimiento de los primeros gremios corporativos¹⁷ a los que nos referiremos en otra parte de este libro. Luego hacia el siglo XII, la estructura feudal empieza a desmoronarse ya que la producción de determinados bienes empieza a ser más eficiente en las ciudades y no en el feudo. El dinero pasa a ganar entonces mayor peso que la tierra, lo que obliga al señor feudal a aumentar sus rentas. Esto conduce a un lógico empobrecimiento del campesinado, lo que no dura demasiado, ya que en la primera mitad del siglo XIV, la mayor parte de los siervos alcanzan su libertad.

Por su parte, en esta apretada síntesis de la historia económica de la edad media, por el siglo XIV, y luego de las cruzadas y el posterior desarrollo del comercio internacional entre los imperios árabe y bizantino; se inaugura una etapa precapitalista que durará tres siglos. Es allí donde se levanta más enérgica la voz de algunos hombres de la Iglesia contra la tendencia a la exaltación de la riqueza que ya empezaba a vislumbrarse en Europa. **Santo Tomás**¹⁸, en tal sentido, no considerará al comercio precapitalista bueno ni natural. No obstante ello, lo juzgaba inevitable si era el medio que el comerciante tenía para mantener a su familia. De esta forma, las ganancias del comercio no eran otra cosa que el fruto del trabajo. Se trataba entonces de poner el

acento en la justicia del cambio efectuado, para lo cual Santo Tomás recurre a Aristóteles, cuyo análisis sobre el valor de cambio figura en su estudio de la Justicia. Muchos padres de la Iglesia desde entonces pretendieron formular un concepto de "precio justo". En este sentido, el Cristianismo presenta una evolución de su pensamiento hacia el comercio que partía de una visión absolutamente contraria al comienzo de la Edad Media (San Agustín, San Jerónimo, etc.), a otra más transable, que acompañó sobre todo Santo Tomás de Aquino.

Algo similar ocurrió con otro de los "preceptos" de la Iglesia en materia económica: la usura. Esta era considerada por la Iglesia como la más vil forma de obtener ganancias. El mismo evangelista Lucas es categórico al rechazar esta línea de operaciones. La ley hebrea también lo hacía, y se puede leer en *El éxodo* (22, 25) tal prohibición al respecto.

Al principio de la Edad Media, como testimonia Roll, la prohibición sólo alcanzaba a la Iglesia, ya que el escaso desarrollo mercantil no ameritaba otra cosa. Sobre fines de la Edad Media, sin embargo, la situación es otra; y la práctica secular se orientó en el sentido de fomentar el préstamo de dinero cobrando por ello un interés. Alarmada ante estos hechos, la Iglesia condena una vez más la usura en el Concilio Lateranense de 1179. En el mismo sentido escribió y enseñó Santo Tomás y otros discípulos de la Iglesia. Sin embargo, las prácticas económicas fueron minando la autoridad eclesial y ésta terminó, a través de sucesivas etapas, por aceptar en algunas condiciones y bajo ciertas circunstancias, el cobro de interés por la realización de un préstamo.

Más allá de esta visión sobre una parte del trabajo, esta vez relacionada al comercio, la Edad Media tuvo interesantes avances con respecto a su valoración cultural.

En tal sentido, uno de los autores más representativos del comienzo de la Edad Media fue **San Agustín**¹⁹. Fue éste uno de los pilares en su tiempo de las nociones francamente "anticapitalistas" que fueron seguidas y complementadas por hombres de la talla de **San Juan**

¹⁷ Algunos de los cuáles empiezan a surgir ya a comienzos del año mil: los gremios de tejedores de Maguncia en 1099, de mercaderes de pescado en Worms en 1106, de zapateros en Wurzburg en 1128, etc.

¹⁸ Santo Tomás, el "doctor angélico" como lo llama la Iglesia, nació en el año 1225 y fallece en 1274. Se aparta de la filosofía tradicional agustiana y retoma a Aristóteles. Entre su enorme caudal de obras, destacan tres: los *Comentarios a Aristóteles*, la *Suma en contra de los gentiles* y la *Suma Teológica*.

¹⁹ San Agustín nació en Tagaste, provincia de Numidia en el año 354, muriendo en Hipona en el 430. Fue religioso maniqueo con influencia platónica. Considerado uno de los hombres más sabios de su tiempo, escribió, entre otras obras: *Confesiones*, *La ciudad de Dios*; *Los diez libros del libre albedrío*, *Las Retracciones*, *Las Meditaciones*, etc.

Crisóstomo, San Ambrosio, San Clemente, y San Cipriano, entre otros²⁰.

San Agustín valora el trabajo recordando en tal sentido a San Pablo, a quien cita con mucha frecuencia en sus textos. Según el Obispo de Hipona, todo trabajo manual es bueno por las razones dadas por el cristianismo primitivo. Concilia además su dualismo platónico, al sostener que mientras que el hombre trabaja tiene el alma libre, de modo que es perfectamente compatible pensar en Dios a la vez que trabajar. Esta particular sintonía entre trabajo y oración será perfectamente puesta a prueba por los monjes benedictinos, cuyo lema "Ora et labora" es paradigmático. "Trabaja y no desesperes" decía su fundador, San Benito de Nursia.

Santo Tomás, algunos siglos más tarde, continúa la reflexión sobre el trabajo y establece una jerarquía de profesiones, donde ubica al trabajo agrícola y artesanal por encima del comercial. Una cuota de originalidad en la historia del pensamiento sobre el trabajo consistió en considerarlo como una obligación sólo si se necesita para subsistir; o dicho de otra manera: quien no tiene necesidad de trabajar no tiene porque hacerlo. Eso sí, a falta de trabajo, debía dedicarse a la oración y contemplación divina, actividades por cierto más elevadas para el autor de la *Suma Teológica*. Luego, considerará que Dios es causa primera, a lo que todo debe su existencia; por derivación, el hombre es causa segunda, procurando a través del trabajo "crear" en sus dimensiones humanas. "Entre todas las formas con que la criatura humana intenta realizar la semejanza divina, no hay otra de relieve más destacado que la de trabajar, es decir, ser en el mundo causa de nuevos efectos", dice el Santo²¹.

Santo Tomás, además, utilizando categorías platónicas, jerarquiza el trabajo, considerando al intelectual por encima del manual. Llama "artes serviles" a estos últimos, mientras que el trabajo intelectual corresponde al conjunto de las "artes liberales", dignas de mayor remuneración al hacer uso de más inteligencia. Otras contribuciones de Santo Tomás tienen que ver con su posición ante el trabajo agrícola al que considera como el mejor medio para asegurar la

subsistencia de un pueblo; la mayor importancia dada a la vida contemplativa sobre la activa, aunque considerando a la primera como "laboriosa"; su posición sobre el esclavizo, al que no lo consideraba como natural no obstante entenderlo "útil"; y su interpretación sobre el contrato de trabajo: en éste, el obrero no se vende a sí mismo, ni su cuerpo, ni su inteligencia, ni siquiera su facultad de trabajo. Esto significa que el Derecho Natural prohíbe considerar al trabajo como un objeto de cambio. Propone en su lugar, considerar el contrato como un arriendo de servicio.

No quisiera dejar pasar por alto, finalmente, entre los movimientos originados en la Edad Media, la contribución que sobre el tema del trabajo tuvo la orden franciscana. Esta, contra lo que muchos pueden creer, es una orden no mendicante en el sentido estricto, sino más bien trabajadora y de pobreza. **San Francisco de Asís**, sobre fines del siglo XII, marcaría como nadie dentro del cristianismo, una vida ascética basada en el trabajo y la pobreza. Incluye además, un elemento por primera vez descubierto en la cultura europea: el sentido de la alegría que acompaña al trabajo. "Esta conciliación del 'sudor de tu frente' con 'la alegría de tu corazón' otorga al trabajo una connotación distinta"²².

Avanzando entonces en la historia de la humanidad, entramos en la **época moderna**, la que se caracteriza por cinco grandes acontecimientos:

- La decadencia del poder moral de la Iglesia y el debilitamiento de su poder económico frente al de la creciente burguesía.
- El renacimiento intelectual y artístico
- Los viajes a las Indias y el descubrimiento de América.

²⁰ Al respecto, Cfr. Silva Herzog, J.: *Historia del pensamiento económico-social. De la antigüedad al siglo XVI*, México, FCE, 5a. Ed., 1966, pág. 147 y ss.

²¹ Esta noción del hombre como causa segunda desencadenaría en el siglo XX, una serie de reflexiones sobre el trabajo de raíces teológicas, de allí su importancia.

²² Cfr. Hopenhayn, M.: ob. cit., pág. 53.

La formación y constitución de los estados-nación.

Las reformas religiosas de Lutero y Calvino.

En ese marco, los siglos XV y XVI mostraban cómo el mercantilismo iba avanzando a pesar de los esfuerzos de algunos pensadores de la Iglesia que finalmente perderían la pulseada ante el devenir de los acontecimientos. Sucesivas encíclicas papales terminarían legitimando el interés en los préstamos, y por esa vía la mayor acumulación de riquezas por parte de banqueros.

Este es el medio ideal para el desarrollo de la actividad del mercader, para quién, el trabajo pasaba a ser considerado un medio para obtener éxito. Al dinamizarse la actividad económica y mercantil, la visión humanista del trabajo empieza a perder valor, realizándose al mismo como simple medio para el enriquecimiento.

Quizá la excepción a esta noción extendida entre los nuevos actores, haya sido la brindada por el **humanismo renacentista**. Para Campanella, por ejemplo, en su "ciudad solar", no existe el divorcio entre trabajo intelectual y manual, esto cuando el primero empieza a ser sobrevalorado por su acción en el plano de las invenciones y la técnica²³. En la misma línea se sitúa Tomás Moro, el autor de *Utopía*, otra reacción desde el cristianismo a las proyecciones que estaba adquiriendo el cada vez más influyente mercantilismo. Si bien el trabajo no es considerado algo malo, por el contrario, presenta características humanizadoras, resulta sugerente comprobar cómo en *Utopía* la jornada de trabajo no supera las seis horas diarias y en la Ciudad del Sol no se debía trabajar más de cuatro horas. Indudablemente estas versiones de sociedades ideales, terminarían por impactar sobre manera en la constitución de las misiones jesuitas en el sur de América; y en las franciscanas en la Baja California.

Es el Renacimiento, el lugar propicio además para renovar el concepto de la virtuosidad, ahora plasmado en la figura del empresario o financista audaz y emprendedor. Esta línea será reforzada luego por **Calvino**, para quien los negocios son un buen servicio a Dios, y la riqueza

no es más que el fruto de una vida dedicada al trabajo desde una perspectiva ética que analizaremos con Weber más adelante, pero que le confiere al trabajo la particularidad de ser una vía hacia el éxito.

Este puritanismo impulsaría sobre manera la versión del "homo economicus" que más tarde, en pleno auge del capitalismo post-industrial, según Daniel Bell, sería sustituido por los valores hedonistas.

Con el surgimiento del **capitalismo industrial**, el principal impacto sobre el trabajo es la pérdida de competitividad por parte del artesano. De esta forma, y una vez que se instaura el "*factory system*", el trabajo empieza a descomponerse, y termina subsumido a la categoría organizadora que no es otra que la del capital. Por esta vía, el trabajo pasa a ser mero factor y coste de producción. Al tiempo que se originan los sindicatos, la economía sigue avanzando y eso tiñe al trabajo con un velo de constante progreso de corte ilimitado. Para **Smith**, ese trabajo es fuente de riqueza, como lo fue de propiedad para **Locke** y de productividad para **Marx**. El trabajo todo lo puede; pero por sobre todas las cosas todo lo logra. Se analiza, una vez más, como mero medio, desprendiéndose de todo contenido ético.

Hegel, heredando esto de Fichte, diría que el trabajo es paradójico, ya que sin éste el hombre no sería nada, pero mediante éste, el hombre deja de ser lo que es originalmente. El industrialismo actualiza al ser pero al mismo tiempo lo aliena. La mecanización en definitiva va perjudicando el trabajo, quitándole valor en el proceso

²³ Recordemos algunos hechos destacables en ese sentido: en 1440 Cosme de Médicis funda en Florencia la Academia Platónica; en 1464 Regiomontano publica el primer tratado de trigonometría; en 1540 Biringuccio publica el primer tratado de la metalúrgica y las artes del fuego (*De la pirotécnica*); en 1542 Fuchs publica su *Historia de las Plantas*; en 1543 Copérnico sostiene la tesis helio-centrista; en 1543 Vesalio lanza el primer tratado de anatomía moderna; en 1544 Münster publica el primer tratado de geografía; el mismo año Rondelet desata los primeros estudios de la zoología moderna; en 1545 Paré comienza a utilizar la cirugía; etc, etc.

productivo. Marx se inserta en esta línea, y sostendrá que el capitalismo, como veremos luego, genera no solo un proceso de trabajo, lo que es común a todos los modos de producción, sino también un proceso de valorización, donde el trabajo se convierte en mercadería. El trabajo de esa forma, adquiere una situación alienante al dividirse y alejarlo de los medios y del producto.

Como analizaremos en su momento, el siglo XX aporta fundamentales elementos para conceptualizar el trabajo. Con **Taylor**, por ejemplo, se inaugura una corriente de **organización científica** del trabajo, que parte de una concepción antropológica según la cual el obrero es un holgazán, y para hacerlo productivo es menester incentivarlo económicamente, controlarlo en sus movimientos y dirigirlo científicamente. Esta línea sería popularizada por la crítica de Mc. Gregor, quien la ubica dentro del referente de la teoría X versus la teoría Y que partía de supuestos opuestos a los anteriores. De todas formas, el taylorismo lleva al trabajo a su dimensión más asfixiante y alienante, y ello condujo a la rectificación de sus principales vectores a través de numerosas escuelas que trataron de superar el esquema analítico de la OCT. Sobre estos temas volveremos.

Algunas líneas de pensamiento actuales

Como señala **Arendt**, el trabajo toma importancia analítica fundamentalmente con el pensamiento moderno, a raíz de los avances productivos que necesitaban una mano de obra igualmente productiva para desarrollar sus actividades económicas.

El pensamiento filosófico y social sobre el trabajo también ha ido acompañando esa tendencia, y hoy hemos acumulado mucho conocimiento que nos permite una mayor comprensión de este fenómeno. A ello, debemos sumar que el individualismo moderno piensa en

el trabajo más que las visiones naturalistas o teocéntricas del pasado. Para **Battaglia**, el trabajador es volcado al mundo y logra por tal actividad transformarse él mismo: "lo que él crea de objetos o de cosas, lo que transforma o renueva, no es nunca tan externo que hecho por nosotros no muestre nuestra actividad, recibiendo aprecio de nuestra parte, y a nosotros, en cuanto obreros, no nos haga apreciables. El es valor, repito, pero también valorizante, nos revela obreros, esto es, creadores, porque en el trabajo no reconocemos actividad, espíritu, y el espíritu CAUSA RERUM es también CAUSA SUI"²⁴.

Más adelante el propio Battaglia, insiste en que el trabajo es "toda explicación del espíritu, en cuanto actividad, sean sus fines meramente teóricos o, de otra forma, prácticos". Sin embargo, tal definición peca de excesivo idealismo; generaliza sobre manera; a tal punto que no nos deja espacios para diferenciar el trabajo del no trabajo. ¿Qué es lo específico del trabajo, si por el entendemos toda acción humana?

Creemos que tal posición ayuda a reivindicar el carácter hacedor y productor del hombre, pero no podemos asimilar esos conceptos, so pena de hacer difícil la delimitación del concepto.

Avron, por su lado plantea que el trabajo es "un plan que pide realización, una previsión que incita al cumplimiento, una intención que precede al acto, el interior del hombre que se exterioriza, y que gracias a esa exteriorización, se enriquece y se reconoce"²⁵. Si bien esta descripción puede ser compatible, olvida otras características que las corrientes idealistas parecen no observar con detenimiento: esa exteriorización de que nos habla Avron, ¿surge de la nada, o es producto de la necesidad y de las limitaciones que ofrece el medio?

Hopenhayn, opone a esta visión la que surge de algunos filósofos existencialistas. Hegel, por ejemplo era de la idea que el hombre, a partir del trabajo se "abandona a las cosas", se disipa entre los objetos y se niega a sí mismo en ese acto libre por el cual decide "hacerse mundo". La alienación entonces, es para muchos,

²⁴ Cfr. Battaglia, F.; en Hopenhayn, M.: Ob. Cit., pág. 187.

²⁵ Cfr. Arvon, H.: *La filosofía del trabajo*, Madrid, Taurus, 1965; en Hopenhayn, M.: *Idem. Ant.*, pág. 187.

connatural al trabajo del hombre sobre todo en medio de un proceso de continuo avance de la técnica. Por cierto que el marxismo aduce que eso no es una "ley de la vida" sino fruto de una particular forma de organizar la economía y la sociedad. Sucede que los existencialistas escribieron en momentos en que tanto el mundo capitalista como el socialista mostraban altos índices de insatisfacción en sus lugares de trabajo.

La perspectiva fenomenológica por su lado trata de concebir al trabajo de acuerdo al sentido que cada trabajador le otorga. Marcuse, en un artículo publicado en 1933 ("Acerca de los fundamentos filosóficos del concepto científico-económico del trabajo"), combina esa perspectiva con la suya marxista. Define al trabajo como "el hacer del hombre como modo suyo de ser en el mundo". Esta vez sin embargo, al hacer mención al "modo suyo" volvemos a caer en el individualismo, escamoteándonos la perspectiva social y ambiental que condiciona el trabajo. El mismo Marcuse, luego recurre a la definición que cualquier diccionario puede mostrar sobre el concepto, de donde rescatamos tres acepciones:

- 1) trabajo como acción general de trabajar;
- 2) como objeto trabajado ("este o esto es mi trabajo");
- 3) el de tarea o esfuerzo ("¿qué trabajo me está dando esto!").

Avanzando en su artículo, Marcuse, pasa a analizar el binomio juego - trabajo. Definiendo el juego, tendrá elementos que en oposición al primero posibiliten una aproximación a una mejor definición del segundo. Sin embargo, una definición de juego tan amplia no nos sirve como contrapartida a un concepto que se ha complejizado mucho con el paso del tiempo. Por su lado, cuando se señala que el trabajo a diferencia del juego presenta obstáculos, ¿está pensando que ningún juego lo hace? Finalmente, penetra en la dimensión histórica del hombre, y expresa que el trabajo es autorealización en "duración y permanencia". En ese sentido, el hombre es esclavo de sus necesidades, las que lo llevan a hacerse presente en el mundo para transformarlo y consumirlo.

La teología del trabajo, por su lado señala que éste constituye una dimensión fundamental de la existencia del hombre en la tierra. La gran Encíclica "*Laborem Exercens*" versa sobre el "trabajo humano", aunque a juzgar por su contenido, eso es una redundancia, ya que el trabajo es inherente al hombre. Dice Juan Pablo II: "el trabajo es una de las características que distinguen al hombre del resto de las criaturas"²⁶. Alguno pensará entonces, que la concepción cristiana es en definitiva la misma de Marx. Apurémonos en descartarlo: mientras para Marx el trabajo es la condición misma del hombre que lo diferencia de los animales; para el cristianismo es "una de las características que lo distinguen". Mientras que Marx construye sus elaboraciones a partir de la noción de un *homo faber* (o "*animal laborans*" al decir de Arendt), el cristiano lo hace a partir del concepto de "persona", hecha "a imagen y semejanza de Dios".

Continuando con la Encíclica, define al trabajo como una "actividad transitiva, es decir, de tal naturaleza, que empezando en el sujeto humano, está dirigida hacia un objeto externo, supone un dominio específico del hombre sobre la tierra y a la vez confirma y desarrolla este dominio". Por "tierra" entiende el Papa todo el mundo visible, esto es, todo el Universo. Luego de señalar que el mismo es un concepto universal, que incluye a todos los humanos, desarrolla el punto en el que quisiera detenerme: la diferenciación entre trabajo objetivo y subjetivo.

El primero, se relaciona con la acción de dominación sobre la tierra (en el sentido visto), lo que adquiere diferencias según la época histórica de que se trate. Es así que primero surge la agricultura como expresión de ese trabajo, luego la industria, y finalmente la "industria de los servicios y al de la investigación pura o aplicada". Señala expresamente, que ese trabajo objetivo es tanto físico como intelectual. En ese sentido comenta que "hoy, en la industria y en la agricultura la actividad del hombre ha dejado de ser, en muchos casos, un trabajo prevalentemente

²⁶ Cfr. Juan Pablo II: *Laborem Exercens*, Santiago, Paulinas, 1987, cap. introductorio.

manual, ya que la fatiga de las manos y de los músculos es ayudada por máquinas y mecanismos cada vez más perfeccionados". Luego, en referencia al trabajo intelectual, menciona a los científicos, médicos, enfermeras, no olvida el trabajo de los "hombres sobre quienes pesa la gran responsabilidad de decisiones destinadas a tener una vasta repercusión social", además del trabajo de "planificación y de dirección". Finalmente, habla del trabajo de las mujeres en el plano doméstico; al que considera tanto trabajo como cualquier otro en la medida que supone una "fatiga", además de necesidad y utilidad social ampliamente considerada. En concordancia con su visión integral del trabajo, y alejándose de las perspectivas productivistas tan en boga, asume que los enfermos, cesantes y desempleados también participan de algún modo en el trabajo.

En el plano subjetivo, Su Santidad entiende que el hombre es "sujeto de trabajo", y por lo tanto el trabajo ha de servir "a la realización de su humanidad, al perfeccionamiento de esa vocación como persona, que tiene en virtud de su misma humanidad". Desde este punto de vista, Juan Pablo II reivindica la primacía del hombre sobre el resultado objetivo de su operatividad laboriosa. De allí que se diga, desde la antropología cristiana, que "el trabajo debe estar al servicio del hombre, y no el hombre al servicio del trabajo".

Estas tesis guardan mucha relación con las elaboraciones de **Maritain**, quien al distinguir entre el homo sapiens y el homo faber, dirá que el hombre es faber para ser sapiens, "hombre para el trabajo a fin de ser hombre para la sabiduría; hombre para el trabajo a fin de encontrar su felicidad y el sentido de su vida no en el trabajo sino en la sabiduría y en la libertad de expansión a la que la naturaleza espiritual aspira". No se niega por tanto la condición de medio, en este caso, dado que "el hombre es un ser de necesidades"²⁷. Como decía **León XIII** en su *Rerum Novarum*: "El fruto de su trabajo le es necesario al hombre para la defensa de su vida, defensa a que le obliga la naturaleza misma de las cosas".

La transitividad, desde la óptica cristiana de Maritain que asume Juan Pablo II, sin embargo, introduce variaciones con respecto a la tradición antigua. Ello porque por ser el trabajo una actividad esencialmente humana, es pensada y querida antes de ser ejecutada; procede así de un acto inmanente. Con esto queremos decir que si bien el trabajo es transitivo, no solo se dirige a un objeto externo, sino que antes de hacerlo, movilizó inteligencia, espíritu, cuerpo e impulsos de voluntad que lo hacen especialmente humano y diferente a cualquier otro comportamiento.

Finalmente digamos que en relación a la sentencia del *Génesis* 3,19, a la que hacíamos referencia más arriba ("Con el sudor de tu rostro comerás el pan"), la moderna teología del trabajo, explícita en la *Laborem Exercens* sostiene que "aunque unido a la fatiga y al esfuerzo, el trabajo no deja de ser un bien", ya que el hombre que trabaja "no solo transforma la naturaleza adaptándola a las propias necesidades", humanizándola, sino que además "se realiza a sí mismo como hombre... se hace más hombre" (12.4).

Indudablemente tal precisión varía la interpretación originaria venida de la tradición hebrea. En un mundo con tantas dificultades en el plano laboral, el mensaje cristiano pareciera señalar la importancia que tiene brindar trabajo, no solo por lo que implica desde el punto de vista objetivo, sino fundamentalmente, por la dimensión subjetiva del mismo, íntimamente relacionada a la condición humana.

Concluyendo: una lectura desde la Sociología del Trabajo

Como señaláramos al comenzar este artículo, el trabajo es uno de esos conceptos difíciles de definir. Sin embargo, se hace necesario hacerlo a los efectos, al menos, de encontrar el objeto de estudio específico de nuestra sociología del trabajo.

En tal sentido, debemos señalar que desde el punto de vista sociológico, el concepto de

²⁷ Cfr. *Juan Pablo II y el trabajo*, Santiago, Ilades, 1984, pág. 34.

trabajo ha ido variando a través del tiempo. Con esto queremos decir que varió su valoración por parte de las diversas culturas, varió su conceptualización, pero también variaron las formas sociales que éste ha ido adquiriendo, y eso quizá sea el hecho más significativo a la luz de nuestra ciencia. El trabajo, en efecto, tuvo grandes cambios no solo en materia analítica sino también en términos objetivos. Lo que antes era considerado parte del ocio, de la contemplación o incluso del juego, hoy podríamos considerarlo trabajo; y eso es un fenómeno absolutamente sociológico.

Como vimos, para los griegos, las actividades intelectuales no formaban parte del trabajo. Hoy sin embargo, nadie se animaría a decir lo contrario. A tal punto lo anterior, que desde hace algunos siglos, tales actividades recibieron el nombre de "trabajo intelectual" para que quedara absolutamente claro su calidad de trabajo. Al contrario de lo que sucedía en muchos pueblos de la antigüedad, el ocio es visto como algo improductivo, y por lo tanto no sólo sin valor, sino además, absolutamente descalificable desde el punto de vista de nuestra "moral social". Términos como "vago" y "parásito" son dirigidos con absoluta normalidad a quienes se escabullen del trabajo.

Hace algunos años, el juego era considerado como absolutamente alejado del concepto de trabajo. Como vimos, algunos autores lo señalaban como antagónico al trabajo. Una sociedad como la nuestra de fuerte contenido mercantilista, sin embargo, ha conducido a que muchos talentosos de variados juegos se transformen en verdaderos "profesionales". Es así que el siglo XX ha introducido en la historia una vinculación nunca tan clara entre trabajo y juego, o trabajo y deporte.

El mismo trabajo doméstico, ha tenido una evolución muy particular. Aquí, al contrario de lo ocurrido con el trabajo intelectual, pareciera que el trabajo doméstico siempre fue considerado "trabajo" en la antigüedad. En la Edad Media, además, a través de una organización feudal donde la producción familiar adquiría características centrales, ese trabajo doméstico aparecía como

absolutamente imprescindible en las tareas diarias. A nadie se le hubiera ocurrido llamarla a eso, "ocio" o simplemente "no trabajo". La modernidad sin embargo, fue lentamente separando el status de aquellas labores que podían transarse en el mercado económico como mercancía, de aquellas que, por realizarse en el hogar, no tenían acceso al mercado. Fue así como el trabajo doméstico, para la moderna concepción cultural, no adquiriría tales características. Fenómeno tremendamente injusto que fue además cruzado con una particular mirada machista del mundo que propició una división sexual del trabajo que llega hasta nuestros días, al menos en el medio urbano. Ya nadie puede dudar que el trabajo doméstico, la mayoría de las veces realizado por mujeres (muchas de las cuáles además venden su fuerza de trabajo en el mercado) sea un trabajo. Ya nadie, incluso podría dudar del carácter productivo del mismo. Cada tanto aparecen investigaciones que señalan la importancia del mismo en el PBI de cada país. Sin embargo, los vestigios de una particular mirada del mundo del trabajo lleva a que el mismo no sea considerado como tal a la hora de trazar las estadísticas laborales de cada uno de nuestros países.

Teniendo todo ello en cuenta, podríamos considerar como trabajo, a **aquella actividad propiamente humana que hace uso de nuestras facultades tanto físicas como morales e intelectuales, conducentes a obtener un bien o servicio necesario para la satisfacción propia y a veces ajena de algún tipo de necesidad.**

Detengámonos en esta definición. En primer lugar, intentamos señalar que el trabajo supone poner en movimientos todas las facultades humanas. Nos oponemos, entonces, a la visión que divide tajantemente el trabajo manual del intelectual: todo trabajo supone una cierta manualidad y una cierta cuota de inteligencia. De hecho, el trabajo es eminentemente humano en cuanto capacidad de planificar lo que se irá a realizar, anteponiendo una actitud voluntaria ante otra meramente instintiva.

En segundo lugar, pretendemos alejarnos de las concepciones perimidas que entienden el

trabajo como una acción sobre un objeto o materia prima. Tal acepción, claramente identificable con el trabajo manufacturero y agrícola, nos dejaba de lado otras acciones más “abstractas” en el sentido que no actúan sobre ningún bien tangible, cosa que sucede en muchas actividades ligadas al sector terciario de actividad.

En tercer lugar, incorporamos la noción de la “necesidad”. En ese sentido decimos que se trabaja para hacer algo que nos será en alguna medida útil. ¿Útil y necesario para qué? Pues para satisfacer, en algún grado, algún tipo de necesidad humana. Y quizá aquí esté la cuota más controvertida de la definición presentada. Somos de la idea que las necesidades humanas están íntimamente relacionadas a la condición individual de cada persona, o dicho de otra forma: cada individuo y sujeto tiene sus propias escalas de necesidades, más allá de algunos parámetros comunes a toda la humanidad y en concordancia con los períodos históricos²⁸.

En ese sentido, como las satisfacciones de necesidades serán individualizadas, el concepto de trabajo creo debe ser considerado de alguna manera como algo “autoreferencial”. Decimos “de alguna manera” en el sentido que también existen ciertas condiciones objetivas²⁹. Pero el punto es que nadie sabrá más que uno mismo, en ciertas condiciones, si está trabajando o no.

En tal sentido, pareciera ser obvio que un obrero o empleado de cualquier empresa o comercio está trabajando. También sucede lo mismo con el trabajador doméstico y con un maestro, profesor o científico. Como vimos, en las actuales circunstancias históricas, incluso se pueden interceptar los ámbitos del juego y del deporte con el del trabajo. Es así que un jugador de fútbol, aunque se divierta en la cancha, está trabajando. Incluso, podría no existir objeción en cuanto a que el “trabajo voluntario” es un trabajo. Millones de jóvenes y adultos de todo el mundo dedican buena parte de su tiempo libre a ayudar a los demás. Por formar parte del tiempo libre ¿podríamos llamarle ocio? Claro que no. Nuestra definición trata de englobar una suficiente cantidad de hechos sociales que forman parte del trabajo aunque no se comercialice como

ocurre con solo una parte del fenómeno. Casos más específicos, sin embargo, que no surjan de estos datos “obvios” que hemos querido describir en estas líneas, los dejamos librados a la subjetividad del individuo. ¿Un hombre jubilado que cuida su jardín está trabajando? Pues bien, ¿por qué no? En la medida que esa sea una actividad conducente a satisfacer alguna de sus necesidades (en este caso satisface su necesidad de contemplar un lindo jardín, de cuidar de otros seres vivos como un planta; de hacer un ejercicio liviano al aire libre, etc.), y de creer esa persona que trabaja, ¿por qué le vamos a decir que no?

Otra cosa, sin embargo, y esto debe quedar muy claro, es que eso sea considerado trabajo para un organismo estatal encargado de políticas sociales, o de algún Instituto de Estadísticas; o incluso de alguna ciencia, como la nuestra. En efecto, a la hora de aplicar políticas sociales, como las previsionales, por ejemplo, debemos ser más precisos con las definiciones. Por su lado, organismos encargados de cuantificar la población económicamente activa de un país, parten de otras categorías que deben cumplir dos requisitos: ser fieles a la realidad social que pretenden cuantificar, pero también ser operacionalizables.

Para el caso de nuestra sociología del trabajo, debemos señalar que tradicionalmente apuntó sus baterías a solamente un segmento de lo que definimos como trabajo. Lo hizo, tomando

²⁸ El de la satisfacción de las necesidades humanas es un punto de fundamental importancia para atender a la mayor humanización del trabajo. Un trabajo será más humano en la medida que satisfaga una mayor cantidad de necesidades humanas y en mayor grado cada una de ellas. Sucede que uno de los males de nuestra época es que muchos trabajan solamente para satisfacer un solo tipo de necesidad: las del eje fisiológico, atendidas meramente por un salario. Si a ello le pudiéramos agregar la satisfacción de otras necesidades, estaríamos dando un paso más hacia una “cultura del trabajo” más integral, o como decía Gandhi, hacia un trabajo “feliz”.

²⁹ Me refiero a condiciones como: la realización de una actividad, conducente a la concreción de un bien o servicio, de utilidad para uno o un tercero, que suponga un mínimo desgaste físico y psíquico.

como objeto el trabajo que se encontraba inserto en el mercado, ofrecido como factor de producción en la economía formal. Los autores de principio de siglo le llamaban a éste, trabajo asalariado. Recién con el pasaje de los años, y luego de haberse “descubierto” una realidad en nuestro continente amplísima que hacía mención a un porcentaje mayor de empleados en el sector informal de la economía, podemos decir que la Sociología del Trabajo penetró en ella. Sin embargo, ya sea en el sector formal o informal, la Sociología del Trabajo no incursionó en otras formas de trabajo. Incluso el trabajo agrícola fue dejado, aunque no completamente, a la

Sociología Rural. El trabajo doméstico, dadas las características que adquiere en nuestra cultura, fue dejado para la Sociología de las Mujeres. Otros fenómenos ligados a distintos tipos de trabajo fueron dirigidos a otras disciplinas. En ese sentido, algunos “trabajos ilegales” como el robo, fueron analizados por la sociología penal o criminológica; etc.

Por todo ello, somos de la idea que la Sociología del Trabajo profundice en el análisis de su objeto de estudio, superando una concepción tan perimida en lo teórico como cada día más irrelevante en lo social; cual es, tomar al trabajo sólo como trabajo asalariado. ♦